



Quito, 12 de septiembre de 2024.

## **53° CONGRESO EUCHARISTICO INTERNACIONAL**

### **POR UNA IGLESIA SINODAL EUCHARISTICA La fraternidad para sanar el mundo**

Cardinale Mauro Gambetti

Les agradezco de todo corazón la invitación que me han hecho; la acogí con el espíritu que san Francisco de Asís enseñó a sus frailes, basado en la fraternidad y la humildad, la gratitud y la comunión.

Saludo a los cardenales, a los obispos, a las autoridades civiles, a los organizadores del 53° Congreso Eucarístico Internacional y a todos los presentes que vienen de muchas partes del mundo y testimonian la riqueza y la belleza de la Iglesia.

Ya se ha subrayado, pero también me gustaría reiterarlo: el corazón de la Iglesia sigue latiendo a través de la Eucaristía, mientras su cuerpo camina por la historia a través de la sinodalidad. Así como el corazón envía oxígeno al cuerpo, la Eucaristía es fuente de fraternidad y configura sinodalmente la Iglesia.

Si, por un lado, se puede decir que la “fraternidad completa” es el fruto maduro de la Eucaristía, porque ésta es su fuente en el modo en que el corazón envía oxígeno al cuerpo, por otro lado, hay que reconocer que una “Iglesia

auténticamente sinodal” es la configuración adecuada de la asamblea que “hace la Eucaristía”.

El desafío es grande, requiere una fe adulta, que respira con dos pulmones y trabaja con dos brazos: el pulmón espiritual, hecho de intimidad con el Señor y de escucha de su palabra, y el de la investigación teológica para responder a los desafíos de la Encarnación hoy; el brazo espiritual, que constituye la continua acción de gracias con constante intercesión, y el brazo corporal que traduce la compasión en encuentro, proximidad, cuidado, diálogo y anuncio.

Es a partir de aquí que se regeneran los métodos y las prácticas sinodales para ser adoptados en las Iglesias locales, así como en las parroquias, grupos laicales, órdenes y congregaciones religiosas y en la relación de las comunidades cristianas con el mundo contemporáneo. De este modo, la Iglesia puede ser «en la historia memoria viva de la fuente de la praxis del amor», porque «sin ella la humanidad no podría ver cuál es el principio motor de su camino hacia la reconciliación en el amor»<sup>1</sup>.

La Iglesia, sacramento universal de salvación, se manifiesta como una fraternidad capaz de “sanar” el mundo, tanto testimoniando que Dios quiere llevar a todos a la comunión consigo mismo en Cristo, como porque es un símbolo eficaz de esta comunión<sup>2</sup>.

El dinamismo -espiritual y corporal- que hay que vivir para ser el Cuerpo de Cristo dado para la vida del mundo está narrado en el Evangelio y transmitido por la Tradición Apostólica.

En particular, podemos tomar algunas pistas del texto de Lucas, del que se toma el título de la tercera parte del Texto Base que se me ha pedido que estudie en profundidad: «Fraternidad para sanar el mundo. “Denles ustedes mismos de comer” (Lc 9,13)».

El pasaje es bien conocido: es la versión de Lucas de la multiplicación de los panes y los peces, signo de los tiempos mesiánicos. Estamos en el desierto, un lugar de encuentro con Dios, y hay una multitud de personas reunidas para escuchar al Señor y ser sanadas.

El movimiento sinodal se genera a partir de la atención a las necesidades de las personas, de la observación de lo que está disponible para satisfacer la necesidad y cuando, desde el cierre y el cálculo de poseer los 5 panes y los dos peces, se reconoce el don de Dios que multiplica el pan dividiéndolo.

De esta manera es posible preparar la mesa del Señor, donde la comida ofrecida por Dios toma el sabor más agradable al paladar de cada uno; la

---

<sup>1</sup> G. CANOBBIO, *Interpretaciones y perspectivas*, en *Annales Theologici*, V. 25,2 (2011), 417.

<sup>2</sup> Ivi, 419.

superabundancia es tal que quedan doce canastas, porque ese pan está destinado a todas las naciones.

La misión de la Iglesia, la de fraternidad eclesial, está representada en el papel conferido a los apóstoles: «Denles ustedes mismos de comer... y se los entregó a sus discípulos para que los distribuyeran a la gente» (Lc. 9,13).

Hoy, como entonces, Jesús sigue dando a los discípulos la misma orden que dio Eliseo cuando le pidió a su siervo que alimentara al pueblo con los veinte panes de cebada y espelta que le habían dado.

Cuando Dios da su pan y pide distribuirlo, la duda recorre la historia de la salvación. De hecho, ya en el Antiguo Testamento, en la narración del episodio que acabamos de mencionar, en el que el profeta Eliseo es el protagonista, leemos: «El que servía dijo: “¿Cómo voy a poner esto delante de cien personas?”».

¿No es la misma duda de los discípulos y nuestra cuando miramos las necesidades de la humanidad? ¿Cómo hacer, con lo poco que somos y tenemos, para curar las heridas de las guerras, las injusticias y las prevaricaciones que ensangrientan el mundo y las almas?

La respuesta de Eliseo a la persona a la que servía es un presagio de la obra de Jesús. Eliseo dijo: «“Alimenta al pueblo. Porque así dice el Señor: comerán y también sobrá”. Lo puso delante de los que comieron, y siguió adelante, conforme a la palabra del Señor». (2Re 4, 42-43).

En la “memoria” eucarística, el discípulo “devuelve al corazón” el don de Dios del que se alimenta y vive, que recibe y da. La sinodalidad se nutre sobre todo de un gesto natural y cotidiano: el acto de “comer”, que en lengua semítica equivale a alimentarse de la vida misma y de la experiencia de compartir.

Cuando los discípulos lo vivieron, quedaron doce canastas de comida y todo sucedió al caer la tarde, en el momento de mayor fragilidad y debilidad del día. En ese momento había 5000 personas, el mismo número que los participantes en nuestra asamblea.

La tradición vio en la distribución de los discípulos el papel de ministros en la Iglesia, enviados a explicar las Escrituras como pan partido para alimentar la inteligencia de los fieles. En efecto, la tarea de distribuir el pan de la palabra corresponde a todo bautizado.

Sólo puede haber una comprensión plena de la Palabra de vida en el servicio mutuo ordenado por el Señor Jesús, en la sumisión mutua en el amor. Es la dimensión de la fraternidad la que se convierte en el lugar de la comprensión de la fe.

Estoy convencido de que asumir un movimiento “intrínsecamente sinodal” requiere una “conversión religiosa”, la plena aceptación de la encarnación y de la revelación de Jesús como “pan vivo bajado del cielo”.

Dios desciende, se rebaja, se somete, lo hace para comunicar su amor y dar vida. En el amor, la forma de actuar no es una opción; el "cómo" es fundamental.

No podemos ser una fraternidad que camina junta hasta que no hayamos transformado nuestra forma de pensar y no hayamos pasado de afirmar a dar por cierto, de afirmarse así mismo a mejorar, de dominar a servir.

Creo que la Iglesia está llamada a volver a la fraternidad minoritaria que San Francisco de Asís y el franciscanismo recibieron como un rasgo de identidad, un modo de estar en el mundo basado en la sencillez y la humildad, el compartir y la comunión, la abnegación y la sumisión a todas las criaturas en el amor del Padre que está en los cielos.

Y cuando en la vida eclesial observamos el mandamiento de Jesús de lavarse los pies, los unos a los otros, como él lo hizo, entramos siempre en una relación de intimidad con el Hijo de Dios que nos ha sido dado, participamos en la comunión con Cristo y con toda la creación sin más divisiones.

De hecho, este es precisamente el aspecto más significativo del misterio de la Eucaristía, en el que se nos enseña día tras día: la Eucaristía crea unidad, hace del cuerpo uno, un solo corazón y una sola alma.

En el memorial de su don -“haced esto en memoria mía”- los discípulos encuentran en su encarnación la fuente de vida de la cual se puede beber. Y caminar juntos sinodalmente nos hace compañeros de Jesús que, del latín *cum panis*, recuerda cómo la solidaridad y la reciprocidad unen a los que caminan juntos a seguirlo<sup>3</sup>.

El Amén con el que respondemos en el momento de la comunión cuando el sacerdote dice: «Cuerpo de Cristo», tiene precisamente este significado: sí, creo que soy parte de ese Cuerpo y me comprometo a vivir de tal manera que ese Cuerpo nunca se divida y de tal manera que se manifieste a todos la belleza de ese Cuerpo, para que toda la humanidad pueda entrar en fraternidad reconciliada en Cristo, para la gloria de Dios.

La sinodalidad eclesial es, por tanto, una presencia eucarística que se convierte en pan partido y vida compartida. En este sentido, si la Iglesia se limitara a comprar pan para alimentar a los pobres, nos limitaríamos a gestos filantrópicos que no revelan plenamente cómo Dios se comunicó entre nosotros. Los

---

<sup>3</sup> En el Evangelio de Luca la distribución de los panes, la experiencia de la última Cena (22,19-20) y la cena de Emaus (24, 13-15) son la epifanía de la sinodalidad en la que el Señor se hace reconocer al partir el pan mientras la Iglesia camina por la historia.

discípulos vieron a la gente que tenía hambre, pero solo Jesús invierte la solución de cómo alimentarlos: en lugar de comprar comida, les pide que la compartan.

Es el proceso que vivimos en nuestras comunidades en el que la sinodalidad toma forma si nos inspiramos en las acciones de Jesús que bendice, parte, distribuye con la ayuda de los discípulos y hace lo que sobra.

En la consagración, el pan y el vino son considerados «el fruto de la tierra y del trabajo del hombre», que alimentan la vida y el don por el que vive el hombre. No deja de sorprenderme que el Señor elija tomar pan y vino y no trigo y uvas, la naturaleza lo recrea con el trabajo del hombre.

El milagro del pan ocurre al partirlo, para que más personas coman. Sucedió en la multiplicación de los panes, le sucede a la Iglesia cuando lo reparte en la Eucaristía, sucede cada vez que lo compartimos con los necesitados. Es lo opuesto a la lógica de la posesión, según la cual los desechos se tiran en lugar de alimentar a los pobres.

La Iglesia sinodal promueve un modelo de desarrollo humano integral que el Papa Francisco colocó en el centro de la Encíclica *Laudato si'* basado en un nuevo orden de relaciones.

Mientras que la economía de mercado asigna un costo a todo, incluido el amor, la "economía sinodal" genera bienes relacionales – como la confianza, el perdón, la cooperación, la comunión, la bondad, la transparencia, etc. – que no se pueden comprar, pero que son la condición para “caminar” juntos en la Iglesia. Para la Iglesia, es necesario discernir cómo y cuándo el “comprar” y el “vender”, en los que se basa el mercado, limitan la experiencia en la que sólo en el don hay vida plena.

## **Reconciliación y violencia**

El Texto Fundamental comienza diciendo que una Iglesia sinodal es «signo eucarístico de un pueblo que no se encierra en la intimidad de las Iglesias, sino que es enviado por su Señor a convertirse en pan partido para la vida y la fraternidad del mundo de hoy»<sup>4</sup>.

Por supuesto, la violencia y el mal se oponen a la “fraternidad reconciliada”, alimentan el desorden y la inestabilidad social como ha venido sucediendo en los últimos años en Ecuador y en muchos otros países del mundo. La encarnación no es ajena a los males que aquejan a las sociedades afectadas por

---

<sup>4</sup> COMITÉ PONTIFICIO PARA LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES, *Fraternidad para sanar el mundo. “Todos son hermanos”*. Texto base. 53° Congreso Eucarístico Internacional, Quito 8-15 septiembre 2024, Centro Eucarístico, 35. A partir de ahora: “Texto base”.

las desigualdades económicas y el narcotráfico, la criminalidad y la deforestación, la fragilidad del sistema de salud y la migración.

El gesto de Caín sigue representando el arquetipo de la fraternidad traicionada y el compartir negado. El Génesis narra historias de hermanos y hermanas en las que la violencia se dirige en primer lugar contra los que tienen su propia sangre, no contra los que son diferentes y los extraños.

Cuando los celos reinan en el corazón, el hermano se convierte en un enemigo a ser derrocado: así las historias que ven a Isaac e Ismael, Esaú y Jacob, Jacob y Labán, José y sus hermanos como protagonistas<sup>5</sup>.

Descendemos de Caín que, después de un largo camino de expiación, Dios lo hizo “padre de una generación” y “constructor de la (primera) ciudad”.

Siento que entre las tareas de una Iglesia eucarística sinodal está la responsabilidad de promover la justicia, comenzando por la recuperación del jardín manchado por la sangre del hermano. De lo contrario, los frutos ya no crecerán para nadie en nuestras tierras manchadas de sangre y en nuestras comunidades divididas, porque «el suelo donde vive el individuo es el cuerpo de la humanidad, el tejido social en el que se establecen las relaciones humanas, fraternas y asesinas»<sup>6</sup>.

De la experiencia bíblica emerge un modelo de justicia que trastoca la concepción clásica de la justicia retributiva y sitúa el dolor de la víctima en el centro de las comunidades cristianas y de los sistemas civiles; el castigo que ha de ser expiado humanamente para el ofensor; la reunión de las partes para reconstruir las razones del incidente y establecer una reparación; la responsabilidad de las comunidades y de las sociedades de ayudar a reconstruir las relaciones fracturadas en las familias, en las parroquias, en las sociedades, entre los ordenamientos jurídicos.

Llevar “el pan de la justicia” desafía a la Iglesia sinodal a promover prácticas de justicia restaurativa en las parroquias y contextos sociales en los que vivimos, que «involucra a la víctima, al ofensor y a la comunidad en la búsqueda de una solución que promueva la reparación, la reconciliación y un sentido de seguridad colectiva»<sup>7</sup>.

El mal y la violencia, las estructuras de pecado y abuso son condenadas, pero a los que se equivocan siempre se les ofrece la posibilidad de salvarse.

Es Cristo quien abrió el camino a la fraternidad superando la venganza. Trascendió la ley del talión, la de la proporcionalidad del castigo a infligir o de

---

<sup>5</sup> P. BOVATI, « Castigo y perdón en los procedimientos legales del Antiguo Testamento », en *La Civiltà Cattolica* IV (1997) 229.

<sup>6</sup> J.J. PARDO, « Jesús y el perdón », in *Sal Terrae* (Jenero 2007) 8.

<sup>7</sup> H. ZEHR, *Changing Lenses. Restorative Justice for Our Times*, Herald Press, New York 1990, 81.

los castigos ejemplares, optó por no responder al mal multiplicando otros males. En su obediencia radical al Padre se convirtió en el cordero de Dios que quita los pecados del mundo<sup>8</sup> que contemplamos en la cruz<sup>9</sup>.

Estoy seguro de que aquellos que son desafiados por el mal saben que es en la debilidad de la cruz donde se manifiesta el poder de Dios; incluso las calumnias y murmuraciones, las mentiras y persecuciones que la Iglesia y los discípulos sufren en su nombre están inscritas bajo la sombra de la cruz.

La noche, sin embargo, está iluminada por la luz de las estrellas para contemplar. En los últimos 50 años han nacido importantes prácticas de justicia, que la Iglesia está llamada a apoyar más y mejor. Me limitaré a mencionar la amnistía del Presidente Mandela en 1994, que marcó el fin del apartheid y reconcilió a Sudáfrica a través de la “Comisión de la Verdad y la Reconciliación”; los procesos de paz en Colombia con la “Comisión de la Verdad” coordinada por el padre Francisco De Roux; el intento de cambio en Bangladesh en las últimas semanas liderado por el profesor Yunus, definido como el banquero de los pobres, el inventor del microcrédito<sup>10</sup>.

El método educativo de las cárceles de APAC en Brasil («Asociación para la Protección y Asistencia de los Condenados») concebido por Mario Ottoboni en 1972 que no prevé ninguna reducción de la pena, sino que ofrece la posibilidad de una reeducación humana basada en una base antropológica positiva, en la que las celdas no están encerradas y la reeducación también incluye prácticas de espiritualidad. La experiencia en Italia de Rondine (la Ciudadela de la Paz), en la que jóvenes de países en guerra caminan juntos por caminos de reconciliación. En los pliegues de la historia, la fraternidad puede brotar de la misma manera que las flores abren el asfalto para crecer.

La parte VII de la Encíclica *Fratelli tutti* está dedicada al tema de la justicia, para que pueda ser difundida allí donde hay hambre y sed de justicia, en el memorial de la vida de Jesús que satisface «el hambre de fraternidad de todos los pueblos y de todas las culturas»<sup>11</sup>.

Estoy seguro de que muchas comunidades ya están caminando en esta dirección. En la Basílica de San Pedro, el año pasado, promovimos los Caminos Jubilares Sinodales y somos testigos de cómo este modelo es "un signo de los tiempos" de la sinodalidad de la Iglesia. Son muchos los testimonios y las

---

<sup>8</sup> E. SANZ GIMENEZ-RICO, «Palabra, providencia y misericordia en la historia de José», in *Estudios Eclesiásticos* 81/316 (2006).

<sup>9</sup> Texto base, pag. 37.

<sup>10</sup> Cfr. N. MANDELA, *Autobiografía*. «El opresor debe ser liberado tanto como el oprimido. Un hombre que le quita su libertad a otro es un prisionero del odio, está encerrado detrás de las rejas del prejuicio y la pequeñez mental. Tanto el oprimido como el opresor son privados de su humanidad».

<sup>11</sup> Texto base, pag. 39.

realidades sociales que la promueven gracias a la fe y al alimento del pan eucarístico.

La sinodalidad de la Iglesia está llamada a empujarnos a las periferias existenciales más difíciles para atravesar situaciones de violencia y abuso y llevar la vida de la Eucaristía.

### **Creación y fraternidad universal**

Cuenta una historia popular que Dios, en diálogo con uno de sus ángeles, le pregunta: “¿Qué están eligiendo los hombres entre lo que he creado, como la naturaleza con sus reglas y su armonía, el amor, la alegría de vivir, la buena comida?”. El ángel responde: “Eligen la guerra”.

El *Texto Base* recuerda el vaciamiento de Cristo y su bajada a la humildad, que “implica el reconocimiento del humus de nuestra humanidad: en ese barro nos encontramos todos y nos reconocemos como hermanos y hermanas porque todos hemos sido sacados de él” y la ternura como forma de amor “que se hace cercana y concreta”<sup>12</sup>. El camino es el del vaciamiento y la humildad por la paz de los corazones que genera la paz social y política.

Pero el camino sinodal está llamado a empujarnos por nuevos caminos e incluir dos importantes categorías teológicas que el Papa desarrolló en *Laudate Deum*: el enfoque holístico del medio ambiente y el antropocentrismo situado.

Para la Iglesia, la naturaleza está incluida en el concepto de creación, se refiere a un orden, a una armonía relacional, a un equilibrio interior en línea con los ritmos y los tiempos de la misma naturaleza. Para los antiguos este era el significado de la palabra “klíma”, hoy para nosotros “clima”. Son sobre todo los jóvenes de las Iglesias locales los que nos enseñan esto: la armonía entre la naturaleza y la cultura nos permite vivir un equilibrio relacional, de lo contrario, cuando la cultura manipula el orden natural, se generan pandemias como el covid o guerras provocadas por la falta de alimentos y agua.

Pero hay más, la persona es el principio y la culminación de la creación, pero no en detrimento de los demás seres vivos y del uso utilitario del medio ambiente. Este equilibrio “situado” sólo puede entenderse a través del principio de subsidiariedad. No es desde el centro, desde Roma, que la sinodalidad explica “qué” hacer, sino que es el centro de la Iglesia el que recoge el clamor y las preocupaciones de todos los rincones de la tierra para ser católicos y comprometerse en la salvación de la Tierra. Como leemos en el *Texto Base*, “la fraternidad humana universal pasa por esta fraternidad cósmica”<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> FRANCESCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, 3 octubre 2020, n. 194, in [www.vatican.va/](http://www.vatican.va/)

<sup>13</sup> Texto base, pag. 40.

En 1958, le preguntaron a Eleanor Roosevelt dónde comenzaba el respeto a los derechos y la fraternidad. En respuesta, enfatizó: «En lugares pequeños, cerca de casa: el barrio donde vives, la escuela a la que asistes, la fábrica, el campo o la oficina donde trabajas. Estos son los lugares donde cada hombre, cada mujer, cada niño busca la igualdad de justicia, la igualdad de oportunidades, la igualdad de dignidad sin discriminación. Si estos derechos no significan nada allí, significarán muy poco en todas partes».

Para la Iglesia, la defensa de los derechos humanos es parte integrante de la acción evangelizadora: el Concilio Vaticano II acogió la Declaración especialmente en lo que se refiere a la libertad religiosa; la encíclica *Pacem in terris* define la Declaración de los Derechos Humanos como un “signo de los tiempos”; mientras que los numerosos pronunciamientos magisteriales y viajes apostólicos de Juan Pablo II han reafirmado repetidamente que para la Iglesia la defensa de la dignidad de la persona está ligada al respeto de los derechos.

Después de casi 70 años, debemos preguntarnos si en nuestro tiempo las Cartas de Derechos pueden ser suficientes para reconstruir el sentido y el significado de lo que es “humano” hoy, de la misma manera que las Cartas de Derechos nacidas en el período de posguerra que definieron la dignidad.

¿La Iglesia Eucarística Sinodal puede ayudar al mundo a redescubrir la vida y la verdad y a redefinir lo que nos hace humanos?

Los días 10 y 11 de mayo se organizó en San Pedro el Encuentro Mundial sobre la Fraternidad Humana #behuman, al que asistieron los ganadores del Premio Nobel de la Paz, la viuda de Mandela, Graça Machel, el director de la NASA, Bill Nelson, y muchos representantes de la sociedad que participaron en 12 grupos de trabajo. Para la ocasión fuimos recibidos por el Santo Padre.

Después de escuchar a estos protagonistas de la paz, cada vez más, me convenzo de que el mundo necesita personas de buena voluntad que piensen en una “Carta del Ser Humano”, en la que se definan no solo los derechos y los deberes, sino también los comportamientos y las actitudes, los sentimientos y los deseos, los sueños y los proyectos que nos hagan reconocer a los hombres y mujeres en camino y con el mismo destino.

Es necesario hacerlo con la fuerza con la que «la celebración eucarística, como una gran acción de gracias, une el cielo y la tierra, nos hace artesanos de la fraternidad y sabios guardianes de nuestra casa común»<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Texto base, pag. 41.

## **La Iglesia da testimonio de la curación del mundo**

En el Evangelio de Marcos capítulo 14, Jesús envía a los discípulos a la ciudad para prepararse para la Pascua. Les pide que sigan a un hombre con un vaso de agua, señal del bautismo. Los conduce a una casa donde el amo de casa les muestra “una habitación superior, grande amueblada, preparada, y ustedes los preparan para ustedes mismos”. En este aposento alto comienzan y llegan todas nuestras misiones.

La sinodalidad empuja a la Iglesia del templo a la casa, que se convierte en espacio de escucha y oración, de comida común y de fraternidad. Lo repito con palabras que comparto: «La experiencia vivida de las comunidades cristianas no es otra cosa que la postergación de la liturgia eucarística dominical (fuente) y la preparación de la próxima liturgia (culminación)... La celebración eucarística concentra en el rito los ingredientes fundamentales de la vida cristiana»<sup>15</sup>.

Una comida compartida es la revelación del sentido de la vida y de la muerte del Señor: se sienta a la mesa, elige ser un invitado, comparte la comida, hasta que se vacía y se convierte en alimento que nutre.

La comida es el mayor signo de fraternidad, caen las máscaras y emerge la autenticidad. La anorexia cultural rechaza las comidas para evitar la relación con el otro, la bulimia cultural, en cambio, quiere controlar y poseer sin querer recibir. La comunión en la mesa, en cambio, es el milagro difícil y siempre nuevo de la fraternidad.

En el rito entendido como comida compartida se experimenta la presencia real de Jesús entre los hombres y las mujeres y en medio de los problemas de la historia, «es en las pruebas, a menudo inhumanas, de los extremismos opuestos, de los problemas del trabajo, que los cristianos prolongan la celebración del memorial de la cruz y hacen vivo y presente el Evangelio»<sup>16</sup>.

Siento que es necesario este movimiento continuo de entrada y salida hacia este “lugar superior” donde el Señor celebra la Pascua.

El estrecho vínculo entre la Eucaristía y la sinodalidad fue deseado por la renovación litúrgica del Concilio. La Eucaristía es una acción comunitaria, hace que la Iglesia, el Pueblo de Dios, exista en la forma del Cuerpo de Cristo, no es una acción íntima ni una devoción privada. En efecto, la patrística nos enseña que los gestos rituales realizados por Jesús en el Cenáculo tienen un carácter profético y ético, en particular se ha escrito que “la Iglesia antigua consideraba la celebración de la Cena del Señor como el rito dinámico que influye no sólo

---

<sup>15</sup> E. CASTELLUCCI, «No hay Iglesia sin asamblea», en Revista litúrgica 109/1 (2022), 124.

<sup>16</sup> Testo base, n. 43.

en la autocomprensión personal de los creyentes, sino también en su actitud pública”<sup>17</sup>.

Vivir lo que se celebra requiere que los tiempos de la liturgia marquen los tiempos de la sinodalidad y generen una "pedagogía sinodal". La etimología del término asamblea -de *simul* ambulare- nos permite caminar en el mundo con los tiempos y el orden de la liturgia: el movimiento de entrada hacia el altar, llevar la cruz con la luz, besar e incensar el cuerpo de Cristo representado por el altar.

Caminamos con la mirada fija en el este de la vida, donde nace la luz y nos permite ver el camino de la ecclesia.

Así como el arco está orientado por la meta a la que debe tender la flecha, así la Iglesia camina hacia la meta, alimentada por el pan que nos hace sentir parte de esa "caravana de solidaridad" y fraternidad que hace la "santa peregrinación" en el mundo de la que habla el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (n. 87).

Pertenecer al cuerpo místico que es la Iglesia requiere que el Kyrie exprese humildemente la súplica, y el Gloria cante la alegría; al escuchar la Palabra, en cambio, nos conformamos a su encarnación para convertirnos en lo que escuchamos.

La consagración y la comunión representan la cúspide de la que parte y llega todo camino porque, como nos recuerda Tertuliano: «El cuerpo de Cristo es el pan de vida y su sangre es el cáliz de la salvación».

En los ritos finales, en lugar de dispersarse, la asamblea se expande para multiplicar nuevos encuentros y nuevos proyectos con nuevos hermanos y hermanas.

Siento que el desafío de hoy de la Iglesia sinodal es celebrar la Eucaristía teniendo como altar el mundo, donde las personas viven y esperan, sufren y están solas. El padre Pierre Teilhard de Chardin lo había intuido en su escrito de 1923 *La Misa en el mundo*: «No tengo ni pan, ni vino, ni altar, me elevaré por encima de los símbolos a la pura majestad de lo Real, y yo, vuestro sacerdote, os ofreceré en el altar de toda la Tierra, la obra y el sufrimiento del Mundo»<sup>18</sup>.

El *Texto Base* nos invita a mirar a los profetas de nuestro tiempo que ven de lejos porque saben profundamente lo que es humano, no son videntes, sino que como el búho ven las luces en la noche.

---

<sup>17</sup> P. ROSATO, *Cena del Señor y amor social*, Edición Centro Eucarístico, Ponteranica (BG), 1994, 69.

<sup>18</sup> P. TEILLHARD DE CHARDIN, *La Misa en el mundo*, XIII, 141 in X. TILLIETTE, «Pierre Teilhard de Chardin probado por el tiempo», en *La Civiltà Cattolica*, 1998 I, 247.

Son biografías precisas como la del padre Leonidas Proaño Villalba que “llevó alimentos” a las comunidades indígenas privadas de derechos, y la de Óscar Romero que se convirtió en la voz de los sin voz.

¿Por qué nos fascinan las obras de San Camilo, San Vicente, la Madre Teresa y muchos otros testigos? Sus obras incluyen y mantienen unidas la acción ritual y social, las dimensiones vertical y horizontal, la ortodoxia y la ortopraxis eucarística.

“La Iglesia vive de la Eucaristía”<sup>19</sup>: sin escuchar a la Cabeza, que es Jesús, el Cuerpo implosionaría, sin un Cuerpo sinodal, plural, la Cabeza misma no se haría presente de manera real.

De la Eucaristía aprendemos la unidad y la diversidad, la unidad de la Iglesia y la multiplicidad de las comunidades cristianas; la unidad de la celebración y la diversidad de las vocaciones, no hay uniformidad, sino una diferencia de carismas en la unidad<sup>20</sup>.

\*\*\*\*\*

A través de la Eucaristía, la fraternidad sana el mundo, se refiere a “nacer junto a otro”, transforma a los miembros en hermanos, encuentra ayuda entre nosotros, supera el significado de “fraternidad”, el de los lazos de sangre o étnicos, en los que se incluye a los semejantes y se excluyen a los diferentes.

La Iglesia sinodal está llamada a elegir la fraternidad espiritualmente porque no se da biológicamente.

Francisco la relanzó como un nuevo paradigma antropológico sobre el cual refundar el testimonio de los cristianos en el mundo a través de gestos y opciones, porque “la fraternidad tiene algo positivo que ofrecer a la libertad y a la igualdad” (Fratelli tutti, 103). La fraternidad es para la Iglesia una “opción de amor” para cambiar el mundo.

Para despedirme y agradecerles por su atención, quiero entregarles dos imágenes, que en este contexto yo llamaría sinodales, y que sigo contemplando en el complejo de la basílica de San Pedro: el mosaico de la nave espacial de Giotto en el atrio de la basílica y la columnata de Bernini.

En la primera imagen, de principios de 1300, se representa a los discípulos en un barco en el mar en medio de las tormentas y Jesús sosteniendo la mano de Pedro. Es la última obra que ven los peregrinos y visitantes antes de abandonar

---

<sup>19</sup> Cfr. FRANCESCO, Lettera enciclica *Laudato si'*, nn.161; 236.

<sup>20</sup> Cfr. Synod23 – Relazione di Sintesi della prima Sessione della XVI Assemblea Generale Ordinaria del Sinodo dei Vescovi (4-29 ottobre 2023), in <https://press.vatican.va/>

el pórtico de la Basílica. En las tempestades del mundo y en las noches de la vida, el Señor guarda su Iglesia.

Finalmente, la columnata, en el abrazo de las 234 columnas, encierra el sueño de Bernini, el de una Iglesia que acoge y abraza, da lo que ha recibido y camina por el mundo para proclamar "Todos son hermanos" (Mt 23,8).